... Asignatura Historia de la filosofía antigua y medieval. Título Ciencia y virtud en Sócrates. Autor José Antonio Freijo Calzada. Día de grabación 28 de octubre del 80. Día de emisión 11 de noviembre del 80. Estas versiones describen...

trepan bastante entre sí a la hora de establecer el contenido y alcance de su pensamiento. Pero como sería imposible, además de contraproducente, referirnos a todas, seguiremos básicamente la imagen que de Sócrates nos ha transmitido su genial discípulo Platón. Parece ser la más aceptada, aunque sin duda, tanto el autor como la obra salen en ella demasiado bien parados. Solo rechazaremos expresamente en esta versión platónica, y si es cierto que ha dado pie a ello, esa especie de caricatura simplista de buenos y malos con la que se ha explicado tantas veces la relación de Sócrates y los sofistas. Y ello no porque se pretenda recortar lo más mínimo la enorme relevancia de Sócrates, sino porque hay que reconocer también la madurez intelectual que suponen las doctrinas de algunos de sus contemporáneos a quienes, tras muchos siglos de incomprensión, se ha terminado por fortuna haciendo justicia. Si seguimos a Platón, Sócrates no ofrece explicaciones.

sobre la naturaleza, como los jonios o los pluralistas, ni se presta al tratamiento de todas las materias, como la mayoría de los sofistas. Todos ellos habían pretendido acumular muchos saberes, lo cual por cierto nada tiene que merezca reproche y sí mucho de encomiable. Pero Sócrates advierte que el saber más valioso es el que se refiere al propio hombre. Conócete a ti mismo es el lema socrático frente al conocimiento de la naturaleza buscado por sus predecesores. No es que Sócrates desprecie este conocimiento, sino que lo juzga de segundo orden con relación al verdadero conocimiento de sí mismo. El saber tiene para Sócrates un sentido distinto del que tenía para sus contemporáneos. No se trata de saber acerca de las cosas, sino acerca del hombre. Lo que interesa sobre todo es conocer lo que tiene que hacer el hombre para alcanzar la felicidad. Toda la especulación socrática se sitúa por lo tanto desde el principio en el terreno de la moral.

Y en esto va a consistir el nuevo rumbo que Sócrates asigna a la investigación. Los interrogantes acerca del universo son sustituidos por preguntas sobre el propio hombre. Absorbido por su interioridad, pero incapaz de reflexionar en solitario, Sócrates fue fraguando su doctrina en constante diálogo con los demás. Era un verdadero maestro del diálogo que practicaba sobre todo en los mercados, talleres y gimnasios de Atenas, ciudad de la que no salió en toda su vida. Sus enseñanzas no revisten la forma de exposiciones sistemáticas o monólogos más o menos extensos, sino que Sócrates hace que sus interlocutores protagonicen con él la búsqueda común de la verdad. Porque él no se siente sabio, es decir, poseedor de profundos conocimientos, sino filósofo, esto es, buscador, indagador de la verdad. Por eso su actividad no va dirigida tanto a resolver problemas como a plantearlos. Sólo pueden buscar la verdad quienes no estén seguros de que la verdad es la verdad.

de poseerla ya. Y esta seguridad, que no es más que ignorancia encubierta y fingida sabiduría, es la que pretende desenmascarar Sócrates con sus preguntas, a primera vista inofensivas y hasta triviales. La tan conocida ironía socrática tiene por finalidad hacer caer en la cuenta a sus interlocutores de que todas aquellas creencias, estimaciones, valores, etcétera, que consideraban seguros, no lo son, o por lo menos no lo son tanto como anteriormente pensaban. Pero esta labor de crítica y desenmascaramiento no es más que el primer paso en el plan que Sócrates se había trazado. Precisamente cuando ha quedado

claro que casi todo lo que teníamos por cierto carece en realidad de fundamento, es cuando está el terreno abonado para emprender el verdadero camino hacia el saber. Todos los pasos que se den en este camino han de venir avalados por una garantía de validez, y esta garantía para Sócrates es única, el razonamiento. Sócrates lo fía todo a la razón

hasta hacer de ella la virtud por excelencia. Una de las características que mejor definen su doctrina es justamente la identificación entre el saber y la virtud. Sólo el que lo conoce puede emprender el camino de la virtud y ésta se reduce en realidad al discernimiento que solamente el sabio puede hacer entre lo bueno y lo perjudicial. Vamos a analizar más en concreto la concepción que Sócrates fue perfilando en torno a estas dos ideas fundamentales de ciencia y virtud. Decimos ciencia porque el saber de que habla Sócrates no se refiere a cualquier tipo de saber, sino a un auténtico saber científico, es decir, primero universal, por encima de opiniones subjetivas, segundo sólidamente fundado y tercero avalado por un razonamiento incontrovertible. Veamos con más detalle estos caracteres. En primer lugar, lo que hace posible el saber como ciencia es el hecho de que saber algo es encontrar el concepto universal,

que le corresponde. Este hallazgo del universal es precisamente el primer elemento constitutivo de la ciencia. Y es también lo que va a permitir a Sócrates superar, al menos de momento, el escepticismo en que había venido a desembocar la especulación filosófica de su tiempo. El concepto universal, que debe ser alcanzado en la ciencia, viene configurado por dos rasgos esenciales, la profundidad y la fijeza. La profundidad resulta de que el universal apunta a la razón de que una cosa sea lo que es. Se opone en este sentido a la descripción, por la que se enumeran simplemente sus propiedades. El universal socrático busca la razón de ser de las cosas, la usía o esencia de que hablarán Platón y Aristóteles. Y de ahí también el carácter de fijeza por el que el contenido del universal permanece idéntico en todos los casos que lo ejemplifican. De este modo, cuando el conocimiento aprehende el universal, se convierte en un concepto universal. El universo es un universo de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación, de la creación,

cierto que no admite alternativas en oposición al conocimiento que se queda en las apariencias variables de las cosas. A propósito de las virtudes, dice Sócrates que por muy numerosas y distintas que sean, tienen en común un determinado carácter general que hace que ellas sean virtudes. Y lo mismo se podría afirmar de todas las demás cosas. Pues bien, es este carácter general que hace que cada cosa sea lo que es, el que constituye el universal de que nos habla Sócrates. Y al concepto universal se llega a partir de las cosas particulares en que se presenta mediante la definición, por la que queda delimitado y separado de todos los demás. De ahí que el método socrático por excelencia sea el diálogo, pues el intercambio de opiniones y puntos de vista particulares permite discernir lo necesario e inmutable de lo accidental y opinable. El libro que Platón dedica a la concepción socrática de la ciencia es el Teeteto. En él se nos presenta a Sócrates

rebatiendo la opinión de Protágoras que fundamentaba la ciencia en la sensación. Dos objeciones le presenta Sócrates. La primera, que el conocimiento sensible versa sobre un

contenido siempre cambiante y variable de unos hombres a otros. Y la segunda, que el mismo hombre que siente varía igualmente conforme va recibiendo unas u otras sensaciones. Mi condición de hombre que siente no será siempre la misma, dice Sócrates. Al contrario de la sensación, la ciencia es un conocimiento que por su fijeza e inalterabilidad puede ser conservado. Por eso afirma Sócrates que aun cuando las sensaciones intervienen en el proceso de formación de la ciencia, ésta no consiste en ninguna clase o especie de sensaciones. El conocimiento sensible es necesario para el saber científico, pero sólo en cuanto momento de su constitución. Lo que en realidad constituye la ciencia no es la sensación, sino el juicio. Pero hay otro rasgo más importante que separa el saber científico de la ciencia.

ver vulgar de este otro saber cualificado. En el mismo Teeteto se pone en boca de Sócrates esta frase, para mí el pensar es una especie de discurso que desarrolla el alma en sí misma acerca de las cosas que examina. De lo cual se deduce que no se da una influencia recíproca entre la mente y las cosas que suponga la presencia de los dos elementos, como ocurre en la sensación, sino que la mente es de tal naturaleza que mediante el discurso puede dirigirse directamente a lo que las cosas son. Lo que el alma de que Sócrates nos habla hace en la ciencia no es recibir una influencia, sino aplicarse a la verdad. El saber científico es entonces el único que tiene que ser verdadero necesariamente. Sócrates se plantea la cuestión de la verdad del juicio al reparar en la existencia de opiniones falsas. No serían posibles las opiniones falsas si no fuera porque los juicios que en ellas se expresan son de la verdad. Van dirigidos al ser. Y la razón de que sean falsas es que no se puede ver.

está justamente en que en ellas se toma un ser por otro, pero esto a su vez tiene lugar por la discrepancia entre la opinión formada en torno a un objeto y la razón posterior destinada a confirmar dicha opinión. Puede ocurrir en efecto que esta razón de ser del objeto no confirme la opinión que de él nos habíamos formado, sino que ponga de manifiesto su falsedad. Esta observación no solamente viene a explicar el hecho del error, sino que añade una precisión nueva al concepto de ciencia. Podemos definir entonces la ciencia como una opinión verdadera acompañada de razón, poniendo el acento en la última parte de la frase, en la razón como justificadora de la opinión sustentada. Lo que diferencia por lo tanto a la ciencia de la opinión estriba solamente en la garantía que tal razón ofrece. Dice Sócrates, cuando alguien se forma una opinión verdadera de algo, aun sin llegar a intuir su razón, su alma vislumbra ya la verdad sobre ello,

Pero no posee todavía su conocimiento. La persona que no puede dar ni recibir la razón de un objeto carece de ciencia de él, y aquella que en cambio le añade una razón posee todas las perfecciones y tiene además una ciencia cabal del objeto. Y repite la misma idea en otro de los diálogos. En ellos cada testigo aduce una opinión sin que por ello merezcan todas crédito, sino solamente las que pueden ser comprobadas. Por otra parte la ciencia no pertenece al grupo de aquellas cosas que meramente se poseen, como se puede poseer el vestido sin que...

forme parte del cuerpo. El tener ciencia supone mucho más que una simple posesión. Es la propia mente la que queda informada y sellada, por así decirlo, con la impronta de ese saber científico. Pero aquello sobre lo que la ciencia versa, en opinión de Sócrates, es lo que importa al hombre y en primer lugar sus propios actos, en tanto que requieren una destreza peculiar respecto a la materia sobre la que recaen. Precisamente en esta destreza

o habilidad para obrar se encierra el sentido de la areté o virtud en la más amplia significación de saber técnico. Y hasta tal punto la virtud es el objeto del saber que para Sócrates ser virtuoso equivale a tener conocimiento de las virtudes. Por eso dicen el diálogo protágoras, nadie tiende por propio gusto y voluntad hacia lo que es malo o lo que él cree malo. Es un defecto del saber lo que lleva a hacer una maldad. La mala elección entre los placeres y las penalidades a aquellos cuya conducta es defectuosa

en estas materias. Y en el diálogo Laques, dedicado al valor, afirma Sócrates que cada uno de nosotros es bueno en las cosas que conoce y malo en las que ignora. El ignorante nunca podrá ser bueno, idea muy curiosa que también hará suya Platón. Da la impresión, sin embargo, que la concepción socrática de la virtud acaba deslizándose hacia un hedonismo, siendo virtuoso el que acierta a elegir el placer que lo es en mayor grado. Pero hay que hacer una reserva respecto a la concepción hedonista vulgar que identifica sin más el bien con el placer. Se trata de que la medida del placer no es la óptica humana, sino que existe un saber que dictamina en cada caso lo que es la virtud. Lo que sí falta en Sócrates es un criterio cualitativo que separe el placer de la virtud. El único criterio que él propone es el grado de saber que se tenga, pero es este un criterio cuantitativo al que sólo puede corresponder un

diferencia del mismo género entre ambos. Todo cuanto venimos diciendo se puede resumir en los siguientes puntos. Primero, la principal aportación de Sócrates en el campo teorético es su teoría del concepto. El concepto es un tipo de conocimiento que se opone al conocimiento de los sentidos por sus caracteres de estabilidad y profundidad. Por ello mismo hace que la ciencia sea posible, pues no hay ciencia sino de lo que es universal y necesario. Segundo, al concepto de ciencia se llega a través de la definición, pero el verdadero concepto no se extrae de la definición, sino que la mente lo produce por sí misma. Recuérdese el método mayéutico como si se tratara de un verdadero alumbramiento de la mente. Aquí está implícita la teoría del innatismo de las ideas que desarrollará Platón, porque si los conceptos no se aprehenden se supone que de algún modo preexisten en nuestra mente. Tercero, sobre esta base teorética apoyará Sócrates su moral, que era el principal objeto de su investigación. La ciencia es un objeto de investigación.

ciencia moral ha de estar basada también en conceptos universales. Estos conceptos son las virtudes. Las diversas acciones y modos particulares de la conducta humana pueden ser reducidos a cierto número de virtudes y el moralismo socrático, en cuanto ciencia de lo moral, consiste en encontrar las definiciones de las virtudes. Cuarto, con el conocimiento verdadero de los conceptos de las virtudes y de la conducta humana, Sócrates cree haber conseguido el objeto de la filosofía, es decir, la moral, pues para Sócrates virtud y sabiduría son una misma cosa. Esta es la razón por la que la moral es algo que puede enseñarse como la geometría o la física y de que si alguien es malo moralmente lo sea por ignorancia o error. Gracias por ver el video.

Gracias.